

do en busca de la puerta para huir, sacudia sendos narizazos que aumentaban el terror y el espanto, y Espejuelos, procurando lo mismo, resollaba con mas fuerza, derramando un torrente de viento que imitaba una tempestad. Por fin lograron á fuerza de vueltas, dar los dos amigos con la puerta de salida, y al verse en la calle, corrieron á casa, ensillaron los caballos inmediatamente, y salieron de la ciudad temiendo un desgraciado resultado.

CAPITULO VI.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ EN LA FERIA DE SAN JUAN.

—Detengamos las riendas á nuestros caballos, dijo Zudurmendi despues de haber corrido algunas leguas; nadie nos sigue.

—¡Que no hemos de llegar á poblacion ninguna donde no nos suceda algo por tu nariz y mi nariz!

—Estoy resuelto, en cuanto llegue á la feria de San Juan, á apersonarme con un médico de los muchos que concurren á ella, para ver si me da algun remedio que compendie ó estracte este cañon rayado que alcanza mas que los que llevó Napoleon á Solferino.

—Y yo á un carpintero que eche unas compuestas disimuladas á estas maldecidas ventanas que llevan el huracán y la destruccion por todas partes.

Nuestros viajeros lamentando unas veces su desgracia, y animados otras por la esperanza de hallar remedio á su calamidad, llegaron por fin á San Juan de los Lagos, donde se celebra la mejor feria de la República, y á donde concurren mas de cien mil comerciantes de todos los sitios de México.

Zudurmendi y Espejuelos penetraron en la espresada poblacion llena en aquel momento por todas partes de tiendas improvisadas, levantadas al intento para vender los numerosos y variados efectos que de todos los ángulos de la República se dirijan á aquel sitio: por donde quiera que dirijan la vista no descubrian mas que vendedores y compradores: ciegos pregonando coplas, ó recitando versos de la aparicion de la vírgen, casas de juego, y multitud de mujeres sentadas á la puerta de una calle que, con sonrisa fingida y maneras poco ceñidas á la moral, solicitan visitas del primero que acertaba á pasar.

—¡Adios, buen mozo! Dijo una dirijiéndose á Zudurmendi. Este arrimó las espuelas á su caballo, y se detuvo en la esquina de la inmediata calle, donde, en una bandera colocada sobre un gran palo atado á un balcon, se leian en gruesos caracteres estas palabras:

“Curacion radical de todas las enfermedades y defectos físicos: desaparicion de las jorobas, y destierro de las narices largas, por el doctor Embrolla Mentirola.”

—Veamos, exclamó Zudurmendi saltando de su caballo y entregándoselo á Espejuelos, mandando que le esperara.

En cuanto subió, el doctor le hizo pasar á la pieza de las consultas.

—¿Qué desea usted caballero? Pregunto Mentirola.

—El rebajo de mi nariz.

—¡El rebajo absoluto?

—No; de unas nueve décimas partes de ella.

—Corriente: á ver el pulso.

Zudurmendi le alargó la mano.

—No, yo no pulso por el brazo.

—¿Pues por donde?

—Por la nariz.

Zudurmendi quedó asombrado; y no pudo menos de formar un juicio muy elevado de un hombre que se apartaba de la rutina de los demás facultativos. "No debe ser, pensó interiormente, un médico vulgar, quien pulsa por la nariz;" y luego alargándola, añadió en alta voz.

—Ahí la tiene usted.

El doctor tomó en sus manos aquella especie de espingarda ó culebrina, sacó el reloj, hizo como que meditaba algunos instantes, y exclamó.

—Respondo de su *compendiatura*.

—¿Cómo!

—Por medio de la hidropatía interna. Tome usted, bebidos, cada dos minutos dos papelitos de estos polvos en seis cuartillos de agua: otros dos papelitos en otros seis cuartillos de agua cada cuarto de hora por medio de lavatibas: otros seis cuartillos cada media hora por la nariz por vía de inyecciones: otros seis cuartillos por.....

—Por el demonio; exclamó Zudurmendi asustado con tanta agua: usted quiere hacer caer sobre mi estómago mas que la que Dios envió sobre el mundo en el Diluvio.

Y sin esperar á mas se salió prefiriendo la enfermedad al remedio.

Pero los dias pasaban sin que en la feria encontrasen destino; el dinero se habia agotado, y no habia viviente que les quisiese prestar una peseta.

—¿Qué hacemos? Decia Espejuelos, es preciso injeniarse para no morir de hambre.

—Me ocurre una cosa, respondió Zudurmendi.

—¿Cuál?

—Que busquemos á alguno que nos quiera enseñar como á dos fenómenos.

—Eso nunca; prefiero morir de hambre.

En esto estaban, cuando pidió una persona del lugar permiso para entrar. El permiso fué otorgado, le presentaron una silla y le preguntaron lo que se le ofrecia.

—Seré breve: traigo dos negocios, uno mio y otro ajeno, el mio es ofrecerle á usted un buen sueldo, dijo dirigiéndose á Zudurmendi, por solo permanecer de dia en una huerta que tengo, para que los pájaros no se coman la hortaliza ni la fruta: el ajeno es brindarle á usted, añadió mirando á Espejuelos, con el destino de refrescar con el viento de sus ventanas lá ciudad en los meses de mas calor.

—Admito: contestó Zudurmendi despues de reflexionar un rato: seré espanta pájaros de huerta.

—Acepto, añadió Espejuelos, seré refrescador de temperaturas.

Y ambos siguieron al interesado y comisionado á la vez.

Si alguno quiere saber lo que aconteció despues á nuestro Chato y Narigudo, se lo diremos en el siguiente año, si aun conserva deseo de oirlo, y nosotros de contarlo.

(Se continuará.)